

ritu, ni hacerte parcial de sus máximas. Haz igual desprecio de estar en su amistad, que estar en su desgracia. No te hagas esclavo de sus modas extravagantes. Sé enhorabuena atento, cortesano, bien criado, cumple con todas las obligaciones de la urbanidad; pero muéstrate en todo buen cristiano, y haz gloriosa profesion de parecerlo.

2 Huye de todas las concurrencias mundanas en que reina con imperio el espíritu mas refinado del mundo, y que este despliega lo mas halagüeño, y lo mas peligroso que tiene. En ellas nunca está á cubierto la inocencia, y la virtud mas pertrechada pierde siempre mucho de sus derechos y de su lustre. Dicese que los mozos deben ver el mundo; pero si ese mundo es contagioso; si está lleno de lazos; si el comercio con el mundo corrompido es fatal escollo de la inocencia; ¿será buena escuela para la gente moza? Haz á tus hijos las pinturas mas vivas que pudieras de este señor imaginario, hasta que toquen con la mano la vanidad, la falsa brillantez, la nada de este ídolo, á quien solamente los necios y los disolutos doblan la rodilla, ofrecen votos, y queman incienso. Una madre cristiana nunca debe permitir que sus hijas frecuenten esas escuelas de profanidad y dissolution. ¡Qué desórden es el ver dentro de ella á personas consagradas á Dios, y tal vez á los mismos sacerdotes! Hasta en las casas religiosas se suele insinuar el espíritu del mundo. Después de haberse hecho tanto ruido para dejarle, hay quien todavía le llama á su retiro. Si abrazaste el estado religioso, estimaté feliz por verte distante de Babilonia; triste de tí, si todavía conservas inteligencia con sus habitantes! No basta que un religioso haya dejado el mundo, es menester que pierda hasta su memoria.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

SAN VENANCIO, mártir, en Camerino, el cual de edad de quince años, en tiempo del emperador Decio y del presidente Antiocho, fué degollado en compañía de otros diez, y de este modo acabó gloriosamente el curso de sus combates. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN DIÓSCORO, lector, en Egipto, á quien mando el juez atormentar de muchas y varias maneras; le agujerearon las uñas, le quemaron los costados aplicándole antorchas encendidas; pero sorprendidos los ministros por el resplandor de una luz celestial, cayeron en tierra medio muertos; por último consumó el martirio habiéndolo quemado con planchas de hierro hechas ascua.

SAN FELIX, obispo, en Espoleto, el cual consiguió la palma del martirio imperando Maximiano.

SAN POTAMION, obispo, en Egipto, el cual habiendo confesado la fe de Jesucristo en tiempo de Maximiano Valerio (le torturaron sacándole un ojo y el nervio de una pierna.) Despues, bajo el gobierno del emperador Constancio, fué martirizado por sentencia del arriano Filagro, presidente. (No obstante, segun refiere S. Anastasio, consiguió curar, aunque murió luego, en el año 341, mártir en defensa de la divinidad del Verbo.)

SAN TEODOTO, MÁRTIR, Y LAS SANTAS TECUSA SU TIA, ALEJANDRA, CLAUDIA, FAINE, EURASIA, MATRONA Y JULITA, vírgenes, en Ancira de Galacia, las cuales primeramente fueron condenadas por sentencia del juez á un lugar infame, para que allí fuesen violadas; pero habiendo sido preservadas por un efecto del poder divino, atáronles á cada una de ellas una piedra al cuello, las sumergieron en una laguna (y murieron ahogadas.) A TEODOTO (el tabernero) por haber recogido y enterrado las reliquias de estas Santas, lo mandó el juez prender, y despedazar cruelmente; y por último consumó el martirio habiéndolo degollado (por los años de 304.)

SAN ENRIQUE (ó ERICO), rey y mártir, en Upsal en Suecia.

SAN FELIX, confesor, del orden de Menores Capuchinos, en Roma, ilustre por su candidez y caridad evangélicas; fué canonizado por el papa Clemente XI. (Véase su vida en las de este día.)

SAN FELIX DE CANTALICIO, CAPUCHINO.

SAN Felix, llamado de *Cantalicio* del lugar de su nacimiento, le tuvo el año de 1513 en una corta poblacion del mismo nombre, perteneciente al territorio de *Cita Ducale*, en la provincia de Umbria. Sus padres fueron pobres, pero temerosos de Dios. Llamábase su padre Santo de Carato, y su madre Santa, ó porque fuese este el verdadero nombre de los dos, ó porque le merecieron por su virtud y vida ejemplar. Habiendo logrado Felix ser hijo de unos padres que se llamaron Santos, él lo fué casi desde la cuna, así por la inocencia bautismal, que jamás perdió, como por su ardiente amor de Dios y su tierna devocion á la Santísima Virgen.

Por su pobreza se vió obligado desde niño á guardar ovejas en el campo; y grabando una cruz en el tronco de una encina, se ponía de rodillas delante de ella, rezaba muchos rosarios en el dia, y no pocas veces pasaba en oracion una parte de la noche.

Luego que se sintió con fuerzas bastantes para cultivar la tierra, se puso á servir á varios labradores. En casa de uno de estos amos oyó leer en cierto dia la vida de los Santos, singular-



S. FELIX DE CANTALICIO.

mente de aquellos solitarios que pasaron toda la suya en el desierto, entregados al ejercicio de la oracion y de la penitencia. Concibió un encendido deseo de imitarlos; y preguntando si habia todavia en el mundo aquella especie de hombres extraordinarios, le respondieron que sin ir muy léjos á buscar esos hombres muertos y crucificados al mundo, encontraria en la religion de los padres Capuchinos todos aquellos ejemplos de virtud que se habian hecho admirar mas en los santos anacoretas.

No necesitó mas informe. Voló luego al convento de *Cita Ducale*, y pidió el santo hábito. El guardian, para probar su vocacion, le hizo una horrorosa pintura de la mortificacion y de la penitencia que pedia la santa regla, y mostrándole despues un crucifijo dolorosamente ensangrentado, le añadió: *Este es el modelo á que debe conformar su vida un capuchino*. Asi la vista de aquel sangriento espectáculo, como la instruccion del fervoroso prelado, traspasaron el corazon del pretendiente, y hecho un mar de lágrimas se arrojó á los pies del padre guardian, poniendo al cielo por testigo que ni venia ni aspiraba á otra cosa que á una vida del todo crucificada. Admirado el guardian de su fervor, le recibió para fraile lego, y le envió al convento de Ascoli á tener su noviciado. Era á la sazón de veinte y ocho años, y desde el primer dia conocieron todos á qué heróico grado de santidad habia de llegar presto aquel novicio.

Aun no habia mas que veinte años que Dios habia suscitado en su Iglesia aquella nueva reforma del orden seráfico de san Francisco, y ya estaba estendida por todo el universo, haciendo revivir los antiguos prodigios de abnegacion, de desnudez, de penitencia y de humildad que se admiraron en los primeros siglos. Ya aquellos zelosos misioneros, poderosos en obras y en palabras; ya aquellos invariables defensores de la fe, enemigos de toda novedad; ya aquellos héroes de la pobreza evangélica, venerados de los pueblos, y respetados hasta de los mismos enemigos de la religion, ya edificaban entonces, como edifican hoy á todo el mundo cristiano con su fervor, con su religiosa observancia y con su vida ejemplar.

En tal escuela fáciles son de comprender los progresos que nuestro Santo haria en la virtud. Asáltóle en el noviciado una calenturilla lenta, que por su duracion hubiera precisado á los superiores á despedirle como inútil y sin fuerzas para los penosos ejercicios de su estado, si las pruebas que habia dado de su eminente santidad no se considerasen dignas de prevalecer á los

prudentes temores que se tenian de su quebrantada salud. Recobrada ésta, le enviaron al convento de Roma con el oficio de limosnero, el que ejerció por espacio de cuarenta años con tanta edificacion, con tanta modestia, con tanto recogimiento interior, con tanta mortificacion y con tanta humildad, que en la bula de su beatificacion se hace muy amplia mencion de las virtudes que ejerció en este oficio.

Los mas disolutos se contenian á vista de su afabilidad y de su modestia. Su humilde religiosa compostura, la virtud retratada en su semblante, su circunspeccion y sus palabras hacian impresion en los corazones, y convirtieron á muchos obstinados pecadores. Salia por la ciudad con los ojos bajos, con el rosario en la mano, el corazon en Dios, y con un devoto silencio. Algunas veces decia al compañero: *Buen ánimo, hermano; los ojos en tierra, el espíritu en el cielo, y en la mano el santísimo rosario*. Era su oficio pedir el pan y el vino para la comunidad, y cuando volvia al convento cargado de pan y con el vino sobre sus hombros, solia decir con gracia: *Entré capuchino con ánimo de no probar el pan ni el vino en toda la vida, y Dios para probarme ha querido hacerme como dueño de todo el vino y de todo el pan que hay en Roma*.

Y era así, que aquella misma abundancia que introducía él en su convento, á Felix solo le servia para aumentar el mérito de su mortificacion y de su abstinencia. Ni una ni otra parecían subir mas de punto. Jamás condescendió en cosa alguna con el gusto y con la inclinacion de sus sentidos. Ayunaba á pan y agua las tres cuaresmas de su seráfico padre S. Francisco; no comía sino los mendrugos de pan que dejaban los frailes; su cama era una manta sobre una tarima; su cabecera un haz de sarmientos; el sueño nunca pasaba de tres horas; tomaba cada noche tres crueles disciplinas, y no se quitaba el cilicio. Siendo su oficio tan penoso, especialmente los últimos años de su vida, en que el cuerpo debilitado con los trabajos, estenuado con las penitencias y consumido con las enfermedades, apenas podia sostenerse, ni por eso admitió jamás el menor alivio. Hallándose un dia en el palacio del cardenal de Sta. Severina, protector de la orden, dijo el compañero á su eminencia, que mandase á fray Felix descargar la limosna que tenia sobre los hombros; y preguntado Felix por el cardenal, qué le parecia, respondió: *Señor, el soldado ha de morir con la espada en la mano, y el asno con la carga á cuestas; añadiendo: No permita Dios que yo alivie jamás á un cuerpo, que solo es de provecho para que se le mortifique*.

Siendo tan austero para consigo, era estremadamente blando y dulce para con todos los demas; causando admiracion que un hombre por su nacimiento humilde, y por su crianza rustico, pues al fin se crió entre las ovejas y los terrones, fuese de unos modales no solo atentos, sino urbanos y cultos. Su zelo era encendido, pero siempre moderado, prudente y humilde, sin traspasar jamás los límites de su estado, corrigiendo en tono de ruego, y no con aire de aviso, consejo ó advertencia. Tuvo noticia de la mala disposicion en que estaban ciertos jóvenes; buscólos, arrodillóse á sus pies, y los dijo con lágrimas en los ojos: *Hermanos míos, os pido en caridad que tengais lástima de vuestras almas; palabras con que apagó el fuego de sus pasiones, y los convirtió.*

Era sencillo, pero no grosero; antes en su misma sencillez se descubria delicadeza, genio y buen gusto. Estando en casa de un ministro á quien acababan de regalar con una ternera, comenzó á mugir el animalito, y vuelto Fr. Felix al ministro, le dijo sonriéndose: *¿Sabe V. S. lo que quiere este pobre animalito? pues le pide una sentencia favorable para el que se le regaló.* Sus reflexiones eran justas, y siempre muy al alma. Mostrábale un célebre abogado su copiosa libreria, en medio de la cual habia un devoto crucifijo; y preguntando á Fr. Felix que le parecia de aquella multitud de libros, respondió: *Paréceme que todos estos libros solo deben servir para estudiar y entender bien este libro grande (señalando al crucifijo) que es el compendio de la ley, y debe ser la regla de nuestra vida.*

Sabiendo que en un dia de carnaval concurría una inmensa multitud de gente á la comedia, encendido en santo zelo, pidió al P. Fr. Lobo, célebre predicador capuchino, que le acompañase para disipar aquella muchedumbre. Dejóse ver Fr. Felix con una pesada cruz sobre los hombros, y con una calavera en la mano, cuyo espectáculo puso en muda suspension á todo el concurso; y el fervoroso sermón que predicó despues Fr. Lobo movió tanto á todos, que abandonado el teatro no se volvió á hablar de comedia en todo el carnaval.

Impúsose una ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, y la guardó exactamente; siendo tan escesiva su atencion en materia de pureza, que era dicho comun que la naturaleza de Fr. Felix mas se parecia á la de los ángeles que á la de los hombres: tan extrema era la mortificacion de sus sentidos.

Pero su favorecida virtud fué la caridad con los pobres enfermos y con los vergonzantes. Obtenida licencia de sus preladados

para hacerlos todo el bien que pudiese, no solo pedia limosna para sus frailes, sino para los pobres vergonzantes y enfermos, siendo pocos los de una y otra clase que se escondian á las diligencias de su caridad. Por el dia visitaba los pobres de Roma, y por la noche los enfermos de la comunidad, acompañando siempre sus visitas con alguna limosna ó con algun refresco. Apenas habia doncella pobre que peligrase, ó familia honrada en urgente necesidad que no hallase recurso en la caridad de Felix; y pasando los domingos y los dias de fiesta en los hospitales, todos los de Roma le debieron el suplemento de lo que faltó á sus rentas en una esterilidad universal.

Su ardiente caridad con los pobres era hija del encendido amor de Dios que le abrasaba las entrañas, no siendo fácil explicar á qué grado llegó este seráfico amor. Tenia el de Jesucristo grabado en el corazon, y por eso apenas su sacratísimo nombre se le caia de la boca, no pronunciándole jamás sin que se viesen sus ojos bañados en lágrimas de ternura. Todos los dias ayudaba á la primera misa que se celebraba en el convento con tanta devocion, que la comunicaba á los asistentes. Comulgaba en los primeros años tres veces á la semana; pero los quince últimos de su vida recibia la sagrada comunión todos los dias, y siempre tan arrebatado de fervor, que á lo último apenas podia pronunciar el *Confiteor Deo* por la abundancia de lágrimas que derramaba, haciéndose en él tan ordinaria esta devocion sensible, que solo con pronunciar en su presencia el dulcísimo nombre de Jesus, ó solo con decirle: *Hermano Fr. Felix, Deo gracias*, bastaba para verle inflamado y lleno de fuego el semblante.

Correspondia el amor que tenia al Hijo el que profesaba á su santísima Madre. Ayunaba á pan y agua todas las visperas de sus festividades; los sábados la rezaba el rosario entero, y los demás dias una parte de él, pero siempre con tan devota ternura que muchas veces se veia precisado á interrumpirle. Llamábanle el favorecido de la Virgen, de quien recibió favores muy singulares.

Hacia oracion una noche en la iglesia de su convento, cuando de repente se sintió tan estraordinariamente abrasado del divino amor, que levantándose sin libertad, corrió apresurado al altar mayor, donde se veneraba una imágen de la Santísima Virgen, y sin atender mas que á los amorosos ímpetus de su encendido corazon, pidió á la Madre de misericordia que siquiera por un momento le permitiese imprimir los mas tiernos y mas reverentes ósculos en su dulcísimo Hijo. Al punto se le apareció la Vir-

gen, y le puso al niño Jesus en los brazos. No es posible explicar ni los deliquios de amor, ni el torrente de suavísimas lágrimas que derramó nuestro Santo durante aquel éstasis maravilloso. ¡Con qué ardor, con qué ternura abrazaría, acariciaría, besaría mil veces los pies de su divino Salvador! Mas al fin era preciso restituir á la Madre el preciosísimo tesoro; hizolo, pero fué eterna la impresion que hizo en su alma este singular favor, y con razon se escogió despues como por su emblema ó por divisa, como se ve en sus imágenes y retratos.

La humildad y la obediencia de Felix fueron á un mismo tiempo efecto y prueba de su eminente santidad. Aniquilábase, por decirlo así, delante de sus prelados y de cualquier sacerdote; y preguntado por qué hacia aquellos extremos de abatimiento, solo respondia: *Vosotros sois sacerdotes del Altísimo, y yo un pobre hermano lego.* Cuando volvía al convento despues de pedir limosna, su mayor gusto era emplearse en los mas bajos y mas penosos oficios de la casa. Siendo en toda Roma universalmente reconocido por santo, honrado del pueblo, de los principes, de los cardenales, y hasta de los mismos papas; él hacia tan bajo concepto de sí, que no acertaba á comprender cómo le toleraban dentro de la religion. Era ciega su obediencia, y para él cualquiera insinuacion del superior era un decreto.

Hacia el fin de su vida le probó el Señor con crueles dolores cólicos para purificar su virtud y para aumentar sus merecimientos. Cuanto mas vivos eran los dolores, mas sereno, mas apacible y mas risueño se manifestaba su semblante. Dijole un dia el médico, que pues habia curado á tantos con el dulcísimo nombre de Jesus, por qué no se valia de este mismo dulcísimo nombre, aunque no fuese mas que para mitigar en algo la fuerza de sus dolores. Respondióle el Santo: *Porque es mucho mi amor propio, y no tengo valor para privarme de lo que es todo mi gusto y consuelo.*

Pero en fin, queriendo Dios poner término á sus trabajos, y coronar sus merecimientos, le reveló el dia de su muerte, y se dispuso para ella con tan visibles aumentos de devocion, de fervor y de ternura, que todos comprendieron tenia noticia cierta de su postrera hora. Cayó malo el último dia de abril, y no pudiendo apenas moverse, fué menester un órden espreso para que no fuese arrastrando á la iglesia muchas veces al dia. Diez y ocho duró su enfermedad, que fué una oracion continua. Luego que recibió los sacramentos, se quedó como enajenado en una especie de éstasis; los ojos clavados en un objeto que solo él veía;

el corazon lanzando continuos afectuosos suspiros hácia la misma parte; los brazos dulcemente estendidos hácia ella; todo denotaba alguna cosa estraordinaria que pasaba dentro de aquella purísima alma. Un hermano que le asistía, y se llamaba Fr. Urbano, le preguntó qué era lo que veía. *¡Pues qué,* le respondió Felix, *no ves á mi querida madre la santísima Virgen, acompañada de tantos ángeles que me llenan de gozo y de consuelo?* Un cuarto de hora despues volvió en sí, y advirtiendo que antes debia de haber hablado algo, suplicó al guardian que le dejasen solo. En fin, el dia 18 de mayo del año de 1587, y á los setenta y dos de su edad, sin haber entrado apenas en la agonía, dejó la tierra para ir á recibir en el cielo la corona de sus trabajos y virtudes.

Luego que se publicó en Roma su muerte, corrió toda la ciudad al convento, apresurándose cada uno por besar el santo cádaver, y por lograr alguna de sus reliquias. Los muchos milagros que obró en vida, y los que hizo Dios por su intercesion despues de muerto, le granjearon presto la veneracion del público. El papa Sixto V, en cuyo pontificado murió S. Felix, prometía testificar de su misma mano diez y ocho, y quiso él mismo beatificarle, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Paulo V mandó trabajar el proceso de su beatificacion, y Urbano VIII hizo la ceremonia, beatificándole solemnemente el año de 1625; y permitiendo que rezase de él á toda la religion de Capuchinos. Finalmente, el año de 1712 el papa Clemente XI le canonizó, siendo celebrada en toda la cristiandad esta canonizacion con estraordinaria devocion y magnificencia.

SAN VENANCIO, MÁRTIR.

CAMERINO, ciudad del ducado de Espoleto junto á la marca de Ancona, fué patria y juntamente teatro del glorioso martirio de S. Venancio. Desde la edad de quince años comenzó este santo mancebo á desear con ansia que conociesen todos y amasen á Jesucristo. Este zelo suyo contribuía á la dilatacion de la Iglesia y á la ruina de la gentilidad. Llegó esto á oídos de Antioco, que gobernaba aquella ciudad por encargo de Decio. Y como Venancio supiese que lo habia mandado prender, él mismo se le presentó, y le dijo que los dioses que adoraba no eran sino hombres y mujeres de vida estragada y disoluta, invencion del diablo para que en ellos adorasen el vicio; que no hay mas que un solo Dios Criador de cielo y tierra, cuyo único Hijo se hizo hombre, y se dejó prender y matar para librarnos de la servidumbre

y de la muerte que acarrea el pecado. Bramaba de coraje el gobernador al ver que un mozo desbarbado en su misma cara osase vilipendiar el culto de los ídolos. Mandó á los soldados que lo prendiesen y lo atormentasen por cuantos modos se les antojase. Desde luego lo azotaron con tal fiereza, que hubiera muerto en este martirio si no enviara Dios un ángel, el cual quebrantó sus prisiones y alejó los verdugos. Pero estos desventurados en vez de ablandarse con esta maravilla, mas crueles que fieras, colgándolo cabeza abajo, le quemaron el cuerpo con planchas encendidas, y le abrian la boca para que recibiese el humo y se ahogase. Muchos de los que allí estaban, viendo la constancia del mártir, se convirtieron á la fe, entre los cuales se cuenta Anastasio Corniculario, admitido despues á la palma del martirio.

Antioco, admirado de que Venancio no hubiese aun muerto, quiso ver si con promesas y halagos lo arrancaria de su propósito. Despues que con él tuvo una larga plática, viendo que daba en piedra, se valió de Atelo, mal hombre, para que con engaño y astucia lo doblase. Dijo éste que él tambien habia sido cristiano; pero que viendo cuan gran desatino es privarse de los deleites presentes por la vana esperanza de los venideros, desamparó la fe y se fué á los gentiles. Mas como el santo mozo le respondiese conforme él merecia y lo echase de sí, desengañado el gobernador de que todo era en vano cuanto hacia para pervertir á este jóven, lo llamó y lo trató de inobediente á sus mandatos, y mandó que le quebrasen los dientes y las quijadas, y lo echasen en un muladar. Sacólo de allí un ángel, y como lo hubiesen llevado á un juez para oír su sentencia, hablándole el mártir en defensa de la religion cristiana, cayó el juez de su tribunal, y murió diciendo que el Dios de Venancio era el verdadero; á quien todos debian adorar, desechando los ídolos.

Antioco luego que llegó esto á su noticia, mandó que Venancio fuese arrojado á los leones, los cuales, olvidados de la hambre y de su natural fiereza, se postraron á sus pies y se los lamian, predicando el mártir entre tanto la fe de Jesucristo al pueblo que habia concurrido á aquel espectáculo, y exhortándolos á que obedeciesen al verdadero Dios, supuesto que hasta las bestias fieras se amansaban para reconocerlo como á su Señor, traspasando las leyes de la naturaleza por cumplir en todo su voluntad. Desesperados los verdugos de que matasen á Venancio las fieras, lo volvieron á la cárcel.

Al dia siguiente un santo sacerdote llamado Porfirio se presentó á Antioco, y le dijo que aquella noche habia visto en vi-

sion á todos los que bautizaba Venancio, cercados de gran resplandor, y á Antioco en tinieblas. Enfurecido Antioco mandó luego que lo degollasen, y que á Venancio arrastrasen por lugares llenos de cardos y espinas. Medio muerto salió Venancio de este martirio; á otro dia lo despeñaron, y ni aun así quiso Dios que muriese. El gobernador, ciego ya de ira, mas desatinado que antes, mandó que lo arrastrasen por caminos ásperos y pedregosos á mil pasos de la ciudad. En este martirio, con la señal de la cruz, sacó Venancio agua de una peña para apagar la sed de sus verdugos. Muchos se convirtieron á la fe á vista de esta maravilla, á los cuales junto con Venancio mandó degollar el gobernador en el mismo sitio.

A la ejecucion de la sentencia se siguieron grandes terremotos, y una tempestad de truenos y rayos tan espantosa, que Antioco aterrado huyó; mas no pudo escapar de la venganza divina, pues al cabo de pocos dias murió desastradamente. El cuerpo de S. Venancio y los de sus compañeros sepultaron honrosamente los fieles, y hoy dia se veneran en una iglesia que se dedicó á S. Venancio en Camerino.

Celébrase hoy la fiesta de S. Venancio por decreto de Clemente X. Baronio dice que las actas de este santo mártir que vió en Camerino, están llenas de cosas apócrifas; de las cuales ha entresacado la Iglesia lo que hay de verdad para ponerlo en su oficio. No debe confundirse este Santo con otro del mismo nombre, obispo y mártir, de que habla el Martirologio el dia 1.º de abril. Los que dicen que el nuestro fué obispo, no advierten que tenia solos quince años cuando padeció.

La misa es del comun de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente:

Atiende, Señor, benigno á lo que no nos atrevemos á es-
la suplicas que te hacemos en perar de nuestros merecimien-
la festividad del bienaventurado tos. Por nuestro Señor Jesu-
Felix, confesor tuyo, para que cristo, etc.
consigamos por su intercesion

La Epistola es del cap. 3 de S. Pablo á los Filipenses, y la misma que el dia XIII, pág. 255.

REFLEXIONES.

En comparacion de la eminente ciencia, que consiste en saber

bien á Jesucristo , todas las demás me parecen ignorancia: *Exis-
tino omnia detrimentum esse, propter eminentem scientiam Je-
su-Christi Domini mei.* Este es el lenguaje de todos los santos, y
este fué siempre su verdadero dictámen ; ¿ es por ventura tam-
bien el nuestro ? ¿ pero los santos profesaron acaso religion dis-
tinta de la que nosotros profesamos , ó aprendieron diferente
doctrina ? Y siendo nuestras máximas tan opuestas á las suyas ,
siguiendo nosotros una práctica tan contraria á la que siguieron
ellos , y tan distante del espíritu y de los principios del Evan-
gelio ; ¿ podemos decir con verdad que profesamos la misma re-
ligion que ellos profesaron ? ¿ Acaso hay cosa mas monstruosa ,
ó por mejor decir, mas irracional , que el sistema que en punto
de religion se forjan las gentes del mundo ? Quiéren ser tenidos
por cristianos , y así admiten todos los principios de la fe ; de-
jan pasar las verdades del cristianismo ; pero en llegando á la
doctrina práctica para el gobierno de las costumbres , los albo-
rota y los inquieta la que enseña Jesucristo ; no hay que pensar
que se arreglen á lo que prescribe el Evangelio ; la regla de sus
costumbres ha de ser el impulso de sus pasiones. *He renunciado
todas las cosas,* dice S. Pablo, *y todas ellas las he estimado por
basura solo por ganar á Jesucristo.* Con efecto , ¿ de qué le sir-
ve al hombre ganar todo el mundo si pierde á Jesucristo , pues
perdiéndole se pierde á sí mismo ? ¿ *Qué cosa podrá admitir en
trueque por su alma ?* ¿ Compréndese el dia de hoy esta verdad ?
¿ se le da crédito ? ¿ qué idea se forma hoy en el mundo de esto
que se llama fortuna , herencia , dignidades ? ¿ qué virtud resis-
te á la prueba del interés , sobre todo cuando se nació en brazos
de la pobreza ? y aun los que nacieron en los de la abundancia ,
¿ son acaso mas desinteresados ? ¿ hácese grande aprecio de la
eminente ciencia de Jesucristo , cuando se hace tan poco de su
ley y de sus máximas ? ¡ Oh , y qué enorme diversidad de pro-
ceder , de concebir y de portarse se suele observar tal vez en-
tre dos hermanas y entre dos hermanos ! Uno se va á sepultar
vivo en un claustro , porque el amor de Jesucristo le hace repu-
tar por desgracias las aparentes felicidades que logra ; otro bri-
lla en el mundo , sobresale en las concurrencias , es como el
alma de todas las diversiones ; no halla gusto sino en lo que sa-
tisface á los sentidos ; solo estima lo que fomenta la concupis-
cencia , y considera que no hay mas dicha ni mas felicidad que
la de los bienes temporales. No todos han de ser religiosos , dicen
ellos ; es así , pero todos deben ser cristianos ; es decir , todos
deben tener una vida pura , ejemplar y mortificada ; los estados
de la vida son diferentes , pero la regla general de la vida es una

misma. Las perniciosas máximas del mundo no están menos pro-
hibidas á los que hacen profesion de discipulos de Cristo en el
siglo , que á los que le sirven en el claustro. No hay mas que
una religion verdadera : luego no puede haber mas que una
verdadera doctrina. Todo sistema de honestidad , de razon y de
virtud que no es conforme con el Evangelio , es ilusion que de-
be causar lástima.

*El Evangelio es del capitulo 12 de S. Lucas, y el mismo que
el dia XIII, pág. 255.*

MEDITACION.

Del corto número de los que se salvan.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en todas edades , en todos
tiempos fué corto el rebaño de los escogidos de Dios. ¿ Qué fué
una familia compuesta de solas ocho personas , comparada con
todos los habitadores del universo ? Sin embargo , esta sola fa-
milia se escapó de las aguas del diluvio. De aquellas cinco gran-
des ciudades , á solas tres ó cuatro personas perdonó el fuego
del cielo. Por espacio de muchos siglos no fué Dios conocido ni
adorado sino en un rincon de la tierra. Estendióse por todo el
universo la religion cristiana ; ¡ pero cuántos herejes hay ! Y aun
entre los católicos , á quienes plugo al Padre de las misericordias
conceder el reino , ¿ forman por ventura un gran rebaño ? ¿ qué
te parece ? ¿ serán muchos los que se salvan ?

No hay mas que dos caminos para el cielo , la inocencia ó la
penitencia. El número de aquellas almas puras , que jamás fue-
ron manchadas con pecado personal ; el de aquellas almas pri-
vilegiadas que conservaron perpetuamente la inocencia del bau-
tismo , ¿ te parece que es muy crecido ? Y el de aquellas que
despues de haber perdido la inocencia volvieron á la gracia por
medio de la penitencia saludable , ¿ juzgas que es muy cuantioso ?
Por todas las edades y por todos los estados se derramó la cor-
rupcion de las costumbres ; fué un torrente que inundó toda la
tierra. Lo mismo la inunda hoy ; ¿ y hay muchos penitentes ver-
daderos ? ¿ haylos entre los grandes del mundo , en quienes tan
frecuentemente reina el vicio con seguridad y con esplendor ?
¿ haylos entre las mujeres profanas , que á solo el nombre de
penitencia se estremecen , si ya no hacen burla de ella ? ¿ haylos
entre la gente de capa y espada , ó de letras , que con tanta fa-
cilidad suelen dispensarse en las leyes mas universales de la